

mucho con ellos. No sé si este barrido y todo lo que sigue aprovecha demasiado para el objeto que se proponen: en todo caso, el milagro no es general y parece que se limita a algunos ejemplos aislados, porque la estadística demuestra, con gran pesar de las aristocracias partidarias de la esclavitud, que la población negra disminuye notablemente todos los años. Las principales razones de este hecho son los maltratamientos que sufren los esclavos, su inmoralidad y la falta absoluta de matrimonio regular, el rigor con que las negras madres son obligadas a trabajar hasta en el embarazo mas avanzado, y en fin el abuso del *cachaça*. Añádase a esto un hecho odioso y por desgracia demasiado frecuente: las madres esclavas, para vengarse de sus déspotas quitándoles un capital importante, hacen ellas mismas abortar su propio fruto. Aquellas saturnales se han convertido sencillamente en un motivo de diversion, como lo fué en otro tiempo la fiesta de Santa Brígida en Viena.

Miéntas que nuestros oídos estaban ensordecidos por aquella alegría grosera y enteramente sensual, mis ojos se fijaron con admiración en dos grandes frescos que ocupaban la parte baja del coro de aquella extraña iglesia. Uno representaba *a morte do peccador*, y el otro *a morte do justo*. El pecador, presa de una cruel enfermedad, se retuerce en su lecho de dolor, y los mensajeros cornudos están ya listos para conducir al fuego del infierno al alma que se separa del cuerpo. El justo, por el contrario, se vá cómoda y suavemente, y algunos ángeles practican el oficio de comadrones en el segundo nacimiento del alma purificada. Aquellas dos composiciones eran tan grotescas, que habrían estado mucho mejor colocadas en el *Punch* que en las paredes de una iglesia.

Visitamos despues la iglesia de los jesuitas, cuyo sacristan mulato, juglar bastante gracioso, nos hizo los honores del modo mas picaresco. Nos pintó con una indignación cómica y con los colores mas vivos el odio que los jesuitas inspiraban en el Brasil. Nos contó con acento gutural y un aspecto de admiración divertida, cómo el sabio y grande Pedro I les habia dado de palos. Aquellos hechos heróicos de su historia le parecían llenos de grandeza; y solamente una cosa sentia, y era que los reverendos padres ántes de marchar, habian escondido en la iglesia un tesoro de un valor

inestimable, del que nada se habia encontrado hasta entónces, no obstante que el hecho fuese perfectamente cierto. Su furor contra los jesuitas era infinitamente divertido, era la expresion del patriotismo brasileño. Pero, ¿ha ganado algo aquel pueblo con la expulsion súbita de los inteligentes jesuitas? Esta es otra cuestion.

Si procuramos desprendernos de toda opinion preconcebida, llegaremos a convencernos de que el gobierno débil é intolerante de Portugal soltó demasiado la rienda a los jesuitas, sin saber lo que hacia; pero por otra parte, estos han sido en el extremo Occidente los guardianes de una ciencia y de una civilización que ahora se pierde de todo punto. Ellos abrieron caminos en las partes lejanas de los bosques, fundaron establecimientos modelos en las profundidades del continente, y supieron, con la flexibilidad que les es peculiar, atraerse las tribus salvajes de los indios. Todo esto se arrojó con el azote al expulsar a los padres. Si el gobierno hubiese conocido el difícil arte de hacerse superior a los jesuitas y hubiese sabido emplear su tenacidad, su habilidad y su saber en extender la cultura intelectual en el país, quizá no se habria visto al Brasil caer en el estado de atraso a que hoy se encuentra reducido. ¿Acaso se practica la religion mejor que ántes? Esto podria decirlo el arzobispo patriarca de Bahía. En cuanto al gobierno, ménos previsior que el astuto compadre de Berlin, arrojó léjos de sí útiles instrumentos, y ahora se encuentra sin recursos en presencia de las selvas; no sabe qué dirección seguir, y ve que una tribu india tras de otra se apresuran a atacarlo.

Esto lo he tomado de boca de los protestantes y de los viejos ateos del Brasil: estos hombres son mucho mas inteligentes y mas justos que los que se llaman católicos en este país. Miéntas ménos conciliables son los jesuitas y las otras órdenes religiosas con el movimiento por vapor que vemos en Europa, mas útiles pueden ser en los países semi-civilizados, si son bien dirigidos y si se tiene cuidado de hacerlos pasar de la vida contemplativa a la de acción.

Volvimos a montar en el coche para hacernos conducir apresuradamente al *Campo Santo*. Subíamos y bajábamos; era una sucesion de valles verdes y de colinas en suave pendiente: respirábamos un aire fresco y embalsamado. Un vapor naranjado velaba el cielo:

la yerba que cubria la tierra parecia mas rica aún con la luz del crepúsculo: las líneas y los contornos se veían introducirse mas y mas en una sombra que convidaba a los ensueños. En un valle profundo que se asemejaba a un parque, las masas de bambús abovedadas como inmensas olas, parecían animadas: se hubiera creído que se levantaban para venir a nuestro alcance. La luz se cambiaba en esa semi-oscuridad melancólica propia para lanzar al alma en ese exceso de bienestar que confina con la inquietud, con el temor y con la tristeza: el corazón entónces se siente a un mismo tiempo lleno y oprimido. Este género de inexplicable molestia, que no se puede evitar en las horas de presentimiento, se apoderaba de mí poco a poco.

En el momento que bajábamos al valle desfiló frente a nosotros una série de coches, y entre ellos, un carro dorado, tirado por cuatro caballos negros, con un dosel de terciopelo guarnecido con borlas de oro y plumas de avestruz: un negro viejo, bastante parecido a un mono, ocupaba el pescante: un paño de negro y oro, que nada cubria ya, estaba en el interior de aquel carro triunfal, detras del cual venia una hilera de carruajes. Volvian de conducir a un rico a su última morada, y los herederos regresaban al galope a su casa para dar una comida de gala y entregarse a los dulces ensueños de la siesta. Otros carruajes de la misma especie, unos llenos, otros vacíos, unos ricos y otros pobres, rodaban por el camino en aquella hermosa tarde, a través de las bellezas de la risueña naturaleza.

Mi turbacion, mi emocion, iban siempre en aumento. Pasamos una eminencia al galope, y llegamos frente a la ciudad funeraria. La última luz que se extinguía, la última onda de los rayos rotos del sol se deslizaban sobre el parque consagrado a la muerte. Entramos a un vasto jardín, donde las mas hermosas plantas del mundo formaban calles rectas entre tumbas de mármol irregulares y sin arte. Entre estos monumentos han establecido prados de flores magníficas, pequeños senderos y grandes estanques llenos de agua. Se diría que estas partes del jardín vacías y pacíficas están destinadas para los paseos de los muertos. Aquellas fuentes y aquellos estanques están desprovistos de surtidores de agua: quizá el movimiento de las aguas ahuyentaria a las sombras

que pasan silenciosamente. Quién sabe si el sepulturero no percibe frecuentemente por la mañana que faltan en los matorrales algunas rosas que los muertos han cortado y se han llevado a su tumba al primer albor del alba.

Habia algo que hacia estremecer en este contraste entre la muerte y el lujo de estas disposiciones unido a la frescura que por todas partes derramaba la naturaleza. La impresion de inquietud causada por esta hora solemne fué interrumpida por la llegada del guardian. Era este un sacerdote jovial, de traje talar, con un sombrero tricornio de alta copa, un largó cuello blanco, rostro amarillo, atezado y movedizo. Este personaje nos asedió con su charla resonante, cuyo tono se elevaba mas y mas, y que acompañaba con una gesticulacion de telégrafo. Nos hizo, como nos lo anunció pavoneándose, los honores de su propia creacion: hace algunos años que apareció la fiebre amarilla, y entónces concibió la idea de construir para los muertos este parque tan cómodo. Persiguió con sus gritos a los habitantes de Bahía hasta que esta obra espléndida, este monumento del progreso quedó terminado, y pudo venir a pasar agradablemente sus dias en el seno de su creacion, segun nos aseguró que lo hacia. Habita en la casa de los muertos situada en el centro del parque. Nos contó en tono sobreagudo y con gestos vehementes, la visita del emperador al *Campo Santo* y la satisfaccion extraordinaria que el príncipe habia manifestado al ver su obra maestra. Por lo que a mí toca, bastaria este custodio descarado, cuyo entusiasmo probablemente estaba animado por el *cachaça*, para que me inspirase horror el pensamienfo de reposar un dia en estos lugares. Semejante órgano podria reemplazar ventajosamente todas las trompetas del juicio final.

Dejé con un sentimiento mezclado de indignacion y de horror aquel tan adornado campo del descanso: estos sepulcros de mármol, todas estas disposiciones tan desprovistas de gusto, me hacian recordar, a mi pesar, el cementerio de Nápoles tan poético y cuya belleza excede a cuanto se puede imaginar. A esta hora la atmósfera pesada, sufocante, de la fiebre amarilla, reposaba sobre la comarca: me alejé con miedo del jovial custodio para huir de todas las bellezas materiales de este parque funerario.

Nos enseñaron del otro lado del camino, con aire de desden,

las paredes del cementerio en que descansan los pobres herejes alemanes. Rechazados por la religion de caridad, tuvieron que comprar un campo para ellos. Mas de una vez han procurado colocar en la puerta la señal de la reconciliacion y de la paz; pero siempre ha sido arrancada durante la noche por el populacho de los libres pensadores. Hé aquí lo que hace una nacion que se imagina ser la mas ilustrada del mundo, y que desea tanto ver establecerse bajo su clima calenturiento a estos buenos alemanes tan cómodos para las naciones extranjeras.

No puedo decir si los esclavos tienen su cementerio particular. Esta separacion entre los cadáveres es todo lo que el fanatismo puede haber inventado que sea ménos inteligente y ménos caritativo. Estas gentes quedarán muy sorprendidas el dia del juicio final, cuando Nuestro Señor aparezca en su tribunal, y vean que en el valle de Josafat, donde no habrá paredes de separacion, se acercan todos los hombres, uno por uno, temblando y sin distincion ante el Supremo Juez. Estos pensamientos sirvieron para aumentar la inquietud melancólica que se habia apoderado de mi corazon. Me parecia que el infestado aliento de la fiebre amarilla pesaba sobre el valle y sobre la llanura, donde las tinieblas se hacian más y más espesas.

13 de Enero de 1860.

Hoy atravesamos a toda priesa la pequeña ciudad de Itacaparica, con el deseo de volver a ver la naturaleza lo mas pronto posible. Observamos solamente algunos mulatos que se adelantaban con curiosidad para mirar a los extranjeros que pasaban. Nos aproximábamos ya al jardin que circunda la ciudad, cuando encontramos una especie de hombrecillo, vestido con uniforme de guardia nacional y el baston oficial en la mano. Aquel personaje haciendo mil cortesías se puso a zumbiar a nuestro alrededor como un avispon. No sabia cómo ni a quién dirigirse, hasta que al fin se apoderó de la persona de L\*\*\*, y le hizo saber que era representante de la alta policia y que estaba por «el gefe» o *chefe* encargado de acompañarnos y guiarnos, y de llenar a nuestro lado las funciones de protector y de mentor. ¡Oh siglo infortunado el que nos ha visto nacer! Aun en las selvas vírgenes ha de haber policia! Hasta del

otro lado del Océano hemos de encontrar el ojo vigilante de la ley! El baston patriarcal levantado sobre las serpientes y las tarántulas! La vigilancia aplicada a los monos y a los loros! Pobre Brasil; ¿no podias haber tomado otra cosa mejor de nuestra reglamentada Europa? ¡Policia con uniforme en los bosques vírgenes!

No pude reprimir una carcajada de risa; sin embargo, protesté enérgicamente, como *ciudadano del mundo*, contra aquella tutela que se me queria imponer. L\*\*\*, nuestro cónsul, con su docilidad germánica formada en la escuela de las treinta y siete potencias patriarcales, se encontraba muy embarazado, é insinuaba que seria preciso someterse al magistrado del baston; pero yo dí rienda suelta a mi elocuencia segun el gusto inglés, la reunion hizo coro, y declaramos con energía que no dariamos un paso más hasta que se cerrara el ojo de la ley. En verdad que no era posible cazar loros y mariposas en los bosques salvajes sintiéndose escoltado por la policia imperial. Despues de largas pláticas, triunfó nuestra firmeza, fueron admitidas nuestras protestas, y el servidor de la ley desapareció.

Itacaparica, como en general todos los excelentes terrenos del Brasil, permanece baldío é inculto; porque este país magnífico es demasiado extenso y tiene muy pocos habitantes. Faltan los brazos para trabajar, y las comarcas mas hermosas, las mejor situadas, están abandonadas a sí mismas y a la naturaleza. Procuran remediar este mal empleando fuerzas mercenarias; pero hoy que está prohibida la libre importacion de los esclavos, aun este precario recurso se comienza á agotar, y la poblacion negra disminuye notablemente de año en año. Así, pues, la decadencia del Brasil es rápida: si el gobierno no se apresura a organizar un sistema regular para atraer colonos, si no triunfa de su aversion tradicional por los extranjeros y si no sabe dominar a los partidarios de la esclavitud, todo este vasto imperio se dislocará, la selva vírgen recobrará su superioridad é invadirá terreno por terreno.

Dicen aquí: «El Brasil es mas grande que Europa, tiene diez veces el tamaño de Austria.» Estas palabras suenan bien al oído, y pueden envanecer estas altivas ideas; pero ¿hasta dónde se extiende la obediencia a la voluntad del emperador? Ni aun adonde llega el hacha del colono que devasta la selva; porque los ricos colonos son

mas poderosos y mas independientes en sus reinos pequeños que el gran emperador en Rio Janeiro. Contad el número de millas cuadradas que están cultivadas en el Brasil y veréis hasta qué grado se reduce esta nacion gigantesca.

Mas en tanto que la esclavitud subsista no puede haber progreso real ni crecimiento provechoso. La esclavitud y la buena colonizacion no pueden vivir juntas; los propietarios de negros no pueden conformarse con la equidad. Suprimir la esclavitud, seria por lo mismo, el primer acto del renacimiento del Brasil: esto no podria hacerse sin dolor; pero todo lo que tiene vida en este mundo ha nacido con dolor, y en todo caso, el mal seria preferible a la descomposicion y a la pudredumbre.

Los frios políticos dan razones repugnantes para justificar el sostenimiento de la esclavitud. Si un acto de la autoridad la suprimiese, dicen, muchos propietarios se verian completamente arruinados en sus intereses; porque privados de estas máquinas humanas para el trabajo, no podrian cultivar sus inmensos dominios. Así, pues, para no atentar contra esa pereza en que engorrosa vergonzosamente una casta de propietarios, es necesario que generaciones enteras de desgraciados se consuman bajo una odiosa tiranía. ¡Sin embargo, esos negros son hombres y cristianos, han nacido libres bajo la ley de Dios! Se les tiene por tales, puesto que se les bautiza, y puesto que sus propietarios frecuentemente tienen hijos en las negras; ¡hijos que ellos mismos llevan despues a venderlos en el mercado! ¡Qué desprecio de la lógica y de la moral; qué ofensa a todos los principios de la humanidad! ¿Por qué las gacetas ultra-liberales, por qué esos celosos campeones del derecho no escriben sobre semejantes hechos? ¿Será porque la explotación de la carne humana está subentendida en una constitucion liberal y democrática? ¿Es esto lo que altivamente llaman los charlatanes un gobierno ilustrado? Pero, ¿qué es el gobierno del Brasil? ¿De qué se compone? ¡Únicamente de propietarios de yeguerías negras! El emperador mismo posee una de las mas grandes en Santa Cruz, cerca de Rio.

¿Por qué con semejantes instituciones no volver francamente al paganismo? Esto seria lo mas lógico y lo mas cómodo. Seria mas fácil armonizar la esclavitud con el derecho divino: se divi-

diria el cielo en antecámara y salon; a éste entrarian los blancos, y los negros se quedarian en la antecámara.

Comienzo a comprender la razon que han tenido los defensores de la esclavitud para poner en su constitucion democrática un artículo que prohíbe al emperador y a su presunto heredero salir del Brasil; porque en los países extranjeros podrian adquirir conocimientos muy claros sobre la cuestion de esclavitud.

Es imposible que haya colonos que acepten semejantes leyes: los blancos no podrian sacar de su trabajo y de sus esfuerzos una remuneración suficiente, cuando cerca de ellos el propietario hace trabajar gratuitamente a sus máquinas negras, que fomenta sin mas gastos que algunos azotes.

Para que el Brasil subsista en su integridad entre las naciones del globo, y para que prospere, necesita un reformador armado con una vara de acero, un sabio tirano, que funde sus máximas de gobierno en la equidad, sin contemporizar con ningun partido, y que en caso de necesidad muestre una dureza de hierro. Tendria el triste destino de no ser comprendido en su tiempo y de ser odiado por sus súbditos brasileños; pero la historia le reservaria un hermoso lugar entre los hombres que han trabajado por el porvenir, su nombre quedaria estrechamente ligado con las ideas nuevas del Brasil, y las generaciones futuras lo bendecirian. La constitucion que diese debería comenzar así:

Artículo primero. Todos los hombres nacen libres en un imperio libre.

Artículo segundo. El heredero del trono deberá viajar muchos años en el mundo civilizado, para aprender la política por sus propias observaciones y por la comparacion que haga entre su país y las naciones extranjeras.

El cielo de los trópicos no está siempre de un hermoso azul y sin nubes. Este privilegio no pertenece mas que a las felices riberas del Mediterráneo y del Oriente, verdadera patria del sol. En los trópicos el tiempo es nebuloso con frecuencia, y hay lugares, como Petrópolis, donde casi no se pasa un dia sin que caiga un chaparron. Las nubes se mantienen con la humedad de la vegetacion, y la humedad de la vegetacion con las nubes, lo cual forma un círculo completo. Segun mi gusto, que se ha formado

en el sur de Italia, en España, en la tierra sagrada de Egipto y en los países clásicos de Grecia, estos nublados son, en el verdadero sentido de la palabra, los lados sombríos de la hermosura de los trópicos. Solamente bajo un cielo límpido se siente el alma trasportada y en estado de gustar de la verdadera belleza. A mis ojos, la claridad del cielo, el brillo del sol con los tintes magníficos que da a la naturaleza, es lo preferente a todo lo demás. Bajo una atmósfera pesada el alma se turba y se entristece, y nada puede atenuar este sentimiento, si no es la seguridad del *comfort* doméstico. Los ingleses, que conocen y aprecian el Mediodía y al esplendor del sol, han sabido realizar en su país la idea del *comfort*; por esto la Inglaterra es, en mi opinión, el único país del Norte en que se puede olvidar el Sur por un momento. Alemania, la fastidiosa Holanda y Francia, tan pobre en bellezas naturales, son malos puntos para habitarse: estos países no ofrecen nada que compense la incomodidad de un triste clima, nada que pueda dar al cuerpo esa feliz disposición que produce el movimiento del alma.

Jamás olvidaré la impresión penosa y melancólica que experimenté una vez navegando en el Escalda. Era a fines de Junio: íbamos en el *yacht* de Su Majestad neerlandesa; el sol descendía enrojecido por las nieblas de los canales; un viento frío y desolante soplaba sobre cubierta. En aquel momento, mi excelente amigo, el almirante T\*\*\*, se aproximó a mí y me dijo que tenía mucho gusto al ver que la casualidad me había hecho venir a su país precisamente en aquella hermosa tarde de verano: semejantes a esta, según manifestó, no había más que cuatro ó cinco cada año. Aquel cumplimiento me heló hasta la medula de los huesos: le respondí con una sonrisa melancólica y una sencilla inclinación de cabeza; é inmediatamente fué a procurarme un gabinete bien abrigado. Cuando llegué a Amsterdam (que los holandeses llaman la Venecia del Norte) tuve la grande alegría de encontrar un fuego chispeante en las vastas chimeneas del castillo. ¡Estábamos a fines de Junio!

En los últimos días de Julio fuí a visitar al emperador, mi excelente tío, a las ricas comarcas de Bohemia, en su residencia de verano de Reichstad: ¿y qué veo al llegar? Otra vez fuego, que

brillaba en grandes estufas de porcelana. ¡Estábamos a principios de Agosto! En Ischl, que es muy elogiado, y que, haciéndole justicia debo decir que tiene tres y hasta cuatro días hermosos cada año, me acuerdo muy bien que una vez, a mediados de Julio, que los alemanes llaman el mes de la siega, nos hemos podido pasear en trineo sobre la nieve.

En Inglaterra, el arte profundo del *comfort* hace desaparecer en la vida de todos los días la incomodidad mortal de los sentimientos que inspiran estos rigores del clima. ¡Felices los países en que no se tiene necesidad de abatir su espíritu a semejantes cálculos, y donde la vida se pasa en una perpétua armonía, gracias a la seguridad de un cielo siempre hermoso!

A lo que se llama *plantacion*, según las ideas de nuestros países, lo designan los brasileños con la bella expresión de *engenho* (que es lo mismo que en su idioma significa ingenio). Esta voz se refiere, sobre todo, a la preparación del material tan considerable de la explotación, *engenho de assucar*; pero cuando se quiere expresar el conjunto de la propiedad, se dice solamente la palabra *engenho*, añadiéndole para mayor precisión el nombre del propietario. La voz *plantacion*, que en Europa se encuentra asociada de una manera novelesca á la idea del Brasil, jamás se oye aquí decir, y probablemente ha de ser originaria de las colonias francesas.

En general los franceses tienen el don de embrollar las palabras y las ideas. Así, sus novelas han dado en Europa un significado enteramente falso al nombre de *criolla*. En todo salón de moda, se entiende por *criolla*, un sér seductor, etéreo, una morena con grandes ojos de gacela, que reúne a una vivacidad salvaje y febril, una educación hasta cierto punto civilizada; en una palabra, una hija de padres europeos que la casualidad ha hecho crecer en la zona tropical en las comarcas de Occidente. Es una combinación graciosa de educación europea y desenvoltura americana, y un personaje muy a propósito para la novela francesa que se complace en torturar a la naturaleza. Los buenos parisien- ses y sus adictos quedarían muy sorprendidos si viesen a las verdaderas y auténticas *criollas*. En el nuevo continente, esta expresión comprende toda carne negra, y designa exclusivamente a los negros indígenas: desgraciado del bisoño que dirigiéndose á una

bonita brasileña de color blanco, la calificase, en sus chicleos amorosos con aquel bello epíteto de novela y la llamase *criolla*. Estoy seguro que en el mismo instante se vería agarrotado por los verdaderos criollos, los esclavos de la casa, y arrojado por la *veranda* en algun matorral de palmeros espinosos.

La persona completa del Senhor G.... correspondía perfectamente a la idea que yo me había formado de un propietario de *ingenho*: pequeño, rechoncho, nervioso, de constitución vigorosa, con un vientre respetable, cuello de toro que es señal de fuerza y de voluntad: tal es el individuo. Tiene la cabeza redonda y sólida que distingue a la parte inteligente de la raza latina, una cabeza cuyas facciones y forma recuerdan a los bustos de los emperadores romanos. El rostro, absolutamente rasurado y el pelo corto y ligeramente ondulado, completan esta semejanza. De sus anchos hombros parten brazos musculosos que terminan en unas manos que parecen de hierro, aunque están bien modeladas.

Aquel personaje notable es el propietario mas rico del distrito de Bahía, y el que tiene mejor asegurados sus intereses. Es el tipo del señor brasileño en la mas perfecta significación de la palabra. El secreto de su poder está en sus ojos negros como la tinta y de una expresión indescribible. El juego de su mirada inquieta y en movimiento perpétuo, explica toda la formación de lo que se llama aristocracia brasileña. Aquellos ojos podían, á su voluntad, aparecer cariñosos, despiertos, amables, y aun dulces y respetuosos; pero aunque lanzando una mirada sagazmente amable, procuraban con inquieta vivacidad investigar lo que pasaba, para ver si todo iba bien y estaba a gusto del amo, si cada subordinado cumplía con su tarea; y en el fondo de esta mirada, en que se pintaban el instinto de la dominación y la energía de voluntad que se apoya en sí misma, se veían brillar los relámpagos del ojo del tigre, listo en todo momento para hacer caer su cólera sobre la primera víctima que se presente: las crispaciones de su ancha y mórbida mano correspondían con la chispa eléctrica que se desprendía por entre sus párpados. El propietario de semejante multitud de esclavos, que quiere elevarse á la fortuna por medio de su trabajo, debe vivir en una actividad incesante y bien dirigida, para dominar tantos elementos groseros: es necesario que vigile sin

descanso, y que a todas horas, de día y de noche, durante toda su vida, esté pronto para ahogar en su germen la menor tentativa de insubordinación con el relámpago fulminante de sus ojos. Si la mirada no basta, es preciso que se levante el brazo poderoso y que el *chicote*, ese cetro de la aristocracia brasileña, haga entónces su oficio.

De paso diremos que el *chicote* es un azote largo en forma de látigo, hecho con dos nervios de buey retorcidos. El observador atento lo verá en todas las casas brasileñas, en el cuarto del amo, y siempre al alcance de su mano. Hay tambien otro instrumento que allí enseñan chanceándose, por poco que uno se preste a entrar en la chanza; los niños de la casa ó el amo mismo lo manifiestan, y se llama la *palmatoria*. Figúrese un disco, que parece cuchara de cocina, adherido a un sólido mango, con el cual se dá cierto número de golpes al esclavo delincuente. Yo mismo ensayé este instrumento en mi mano varias veces y puedo certificar que produce una de las sensaciones mas desagradables. El corazón se subleva viendo la impudencia y descarada jovialidad con que muestran estos instrumentos y describen sus efectos.

Se podían leer en los ojos de aquel rico señor todas estas necesidades de su posición al mismo tiempo que la expresión de la mas afable cortesía. Su mirada inquisitiva parecía una lanzadera que vá y viene de una extremidad á otra; pero en el sombrío espejo de aquel ojo se podía leer tambien un pasado que explica el origen de todas estas riquezas. Aquellos ojos hablan de un tiempo en que, durante la noche, exploraban con ansiedad las vastas llanuras del Océano, como si su mirada ávida pudiese hacer llegar de África el buque esperado con impaciencia. Hoy el *senhor G....* es el hombre mas amable del mundo, rico como Crespo, bien visto en la corte, muy influente en su provincia y propietario de las mas hermosas casas de campo; en una palabra, es un honrado personaje, en todo el rigor de la expresión. Es la verdadera columna de la aristocracia, y en cuanto a los extranjeros, debo decirlo en honra suya, es el huésped mas agradable que sea posible encontrar.

Cuando lo dejamos, al terminar el día, la población de la *fazenda* se reunió alrededor del desembarcadero para asistir a la